

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 166

25 cts

22 ABRIL
1928



- YO QUIERO SER CAZADOR DE TIGRES
- ¡TIGRES CURRINCHE! ¿Y HAS CAZADO MUCHOS?
- TODAVIA NINGUNO, AHORA CAZO MARIPOSAS PARA IRME ACOSTUMBRANDO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación)

El jefe de los evadidos de Nou estaba preocupado y pensativo.

¿Por qué causa?

¿Tenía verdaderamente derecho a quejarse de su suerte? ¡Ay! Rodolfo de Barenval empezaba a descubrir un porvenir lleno de amenazas, a semejanza de un cielo que se va cubriendo de negros nubarrones, precursores de tormenta.

Comprendía que le preparaban una guerra encarnizada, que sólo cesaría, no con la muerte de uno de los dos adversarios — puesto que su enemigo era el mundo civilizado coaligado en contra suya, y no le sería posible jamás vencer una hidra de tan innumerables cabezas —, sino con su desaparición, con el aniquilamiento despiadado de todos sus secuaces, con la destrucción completa de todos aquellos medios ofensivos y defensivos que constituían su terrible y funesta potencia.

Pero esta idea no le abatía.

Al contrario, le aguijoneaba el ánimo, le infiltraba en el corazón un deseo de lucha, un afán de emociones, un gran anhelo de aturdirse a cualquier costo, con cualquier medio y para poder olvidar su situación, calmar las penas que le destrozaban, apaciguar las angustiosas dudas que le asaltaban y hacían que la sangre le golpease las sienes.

Pasó junto a Collap y Maurical, y no les había visto, tan absorto iba, si los dos piratas no se hubiesen puesto en pie de un salto, saludándole:

— Buenas noches, capitán.

— ¡Oh! ¡Collap y Maurical! — contestó el fugitivo de Nueva Caledonia sonriendo tristemente. — ¿Qué me decís, amigos míos, de lo sucedido?

— Digo — balbuceó Collap sin ocultar su malhumor —, digo que haría falta una hermosa y magnífica tempestad, que echase a pique a todas las flotas de guerra del mundo, y llevase sus tripulantes a entenderse con Lucifer.

— ¡Oh! ¡Pues no pides poco!

— Sí, capitán, empezando por la escuadra americana que ha venido a interrumpir nuestra tarea.

— ¡Demonio, eres terrible, Collap!

— ¿Yo? ¡Ay del que me irrita! Me convierto en un perro rabioso.

Y el bribón rechinó los dientes.

— Cálmate, amigo mío — replicó Barenval —, si estallase un huracán...

— ¿Qué?

— Podría ser fatal, no sólo a nuestros adversarios, sino también a nosotros.

— ¿Qué sé yo...

— Y no me extrañaría que mañana precisamente se viese satisfecho el deseo de Collap...

— ¡Cáspita!...

— ¿Qué quiere decir? — preguntó Maurical estremeciéndose.

— Mirad hacia allá — contestó el capitán extendiendo el brazo.

— ¿Hacia dónde?

— Hacia allá.

— ¿Al Noroeste?

— Sí.

— Ya miro.

— ¿No veis nada?

— No. Espesas tinieblas.

— Mirad bien; las estrellas de aquella parte han desaparecido.

— Es verdad.

— ¿No sabéis por qué?

— ¿Por qué?

— Porque allí está una escuadra tan temible como la que nos persigue.

— ¡Diablos!...

— Una escuadra de nubes de tormenta, amigos míos, que el viento del Norte impulsa hacia nosotros. En el mar de las Indias, si no antes, encontraremos un huracán.

— ¿No tienes miedo? — preguntó entonces el supersticioso Collap, arrepentido ya de haber invocado aquel castigo que tan pronto había sido concedido.

— ¿Quién sabe?... Con los elementos, amigos míos, no hay que bromear...

Collap y Maurical miraron el cielo y el mar con desconfianza, moviendo la cabeza.

— Bueno — replicó el capitán Rodolfo de Barenval — os recomiendo que estéis con muchísimo cuidado. Si hay alguna novedad, me avisáis en seguida. Hasta luego.

Y haciendo a los dos ex forzados de Nueva Caledonia una amistosa señal de saludo, alejóse, dejándoles mudos y preocupados, casi entristecidos.

Un vago temor, un miedo indefinido, había invadido sus corazones.

¿Era el presentimiento de una desgracia próxima e irreparable?

— Quizá.

El comandante del *Torpedero de presa* bajó a la cámara y se dirigió al camarote en donde estaban encerradas nuestras dos protagonistas.

Las pobres mujeres encontrábanse en un estado que inspiraban piedad.

Maud Campbell, vuelta en sí del desmayo que le había dado después de las feroces e inexorables palabras pronunciadas por Rodolfo de Barenval, había sido dominada por un ataque de violento delirio que la tenía en un estado de semi-inconsciencia y de frenesí.

Lloraba, gritaba, prorrumpía a intervalos en estallidos de enloquecedora risa y en plegarias suplicantes.

La desilusión atroz que había tenido tras la esperanza de libertad, al ver la llegada de los cinco buques de guerra, había ejercido una funesta influencia en el temperamento nervioso de la joven.

La pobre madre, impotente para consolarla, la asistía, llorando, llamándola con los nombres más dulces y suplicándola que no se dejase morir, que no la abandonase ahora que la había encontrado.

Jamás llegaron al trono del Altísimo plegarias más fervorosas, más impregnadas de lágrimas humanas, más desesperadas.

Cuando el jefe de los fugitivos de Nou entró en el cama-

rote, Maud Campbell estaba presa de uno de los más violentos accesos de delirio.

—Era una de aquellas crisis de donde tenía que salir su salvación o la muerte.

La señora Touchet, al ver al que era la causa de todo el mal, se precipitó contra él. lo agarró de un brazo furiosamente, y señalando la cama en que su hija gemía, gritó con voz ronca:

—Mire; contemple los efectos de su alma y enorgullezcase de ella. ¿No está usted satisfecho? Ahora puede empezar conmigo; hacerme torturar por sus cómplices, hacerme morir entre los más atroces sufrimientos, hasta que derrame la última gota de sangre. No me quejaré, no oír salir de mis labios ni una sola palabra de maldición. Pero salve usted a mi hija—y aquí el acento y el gesto de la desdichada madre se convertían de imperativos en suplicantes—. Salve a mi pobre hija, que ningún mal le ha hecho; mi pobre Maud, que tanto he llamado durante mis largos años de destierro, y que me roba usted después de habérmela dado. Vea usted, se muere, se muere por culpa suya..

No pudo continuar; prorrumpió en un delirante llanto, y se precipitó sobre su hija, cubriéndola de besos y de lágrimas.

Rodolfo de Barenval, horriblemente pálido, no dijo una palabra. No podía hablar.

Parecía que sus mandíbulas se hubiesen clavado la una en la otra.

Llevóse las manos a la garganta, como para librarse de algo que le oprimía, rasgóse la piel con las uñas y no logró emitir más que un sonido inarticulado, sordo, sin sentido alguno.

Después huyó como un loco, rugiendo; corrió a su camarote, en donde se encerró en un estado de verdadera demencia, y quedó allí dentro sentado, con los ojos ensimismados, la ardiente cabeza apoyada entre las manos y los codos en las rodillas.

¿Cuánto tiempo estuvo en esta posición?

Poco a poco se fué calmando, recobró el conocimiento, y entonces una sonrisa extraña, llena de fría ironía, asomó a sus lívidos labios.

—¿Por qué vivir? —preguntóse de pronto, cogiendo un revólver colgado de la pared y acercando el cañón a la frente.— ¿Para sufrir eternamente?... ¡Ah, no! Mejor acabar de una vez, de un solo golpe... ¡Que Dios tenga piedad de este infeliz!..

Estaba a punto de oprimir el gatillo, cuando resonó un sordo ruido, semejante a un rodar lejano de carros.

—No —dijo echando el arma a un lado—. No puedo, no debo morir hoy. Mi vida es necesaria aún. ¿Qué sería de ellas y de mis compañeros, sin mí, abandonados a todos los caprichos de la tempestad? ¡Ea, dejémoslo para otro momento! Ahora el deber me llama...

Y Rodolfo de Barenval, volviendo a ser el hombre tranquilo y seguro, el capitán hábil y sereno, no obstante la lucha que ardía en su corazón, subió al puente de la nave y miró en torno.

El cielo estaba cubierto, y aunque empezaba a amanecer, la oscuridad era siempre densa. Enormes masas de nubes corrían bajas, cambiando de forma y de aspecto a cada momento. El mar iba agitándose, con oleaje grande y descompuesto, cuyas olas cada vez más fuertes coronábanse de crestas y flecos espumosos.

El torpedero, que hasta entonces había mantenido su máxima velocidad, volando, para poner entre él y la escuadra norteamericana la mayor distancia posible, empezaba a fatigarse algo, a causa del mar, que le hacía dar bandazos, ya de babor ya de estribor.

—Tendremos un hermoso huracán —dijo el comandante, tomando en persona la dirección del barco, y ordenando que se quitasen de cubierta todos los objetos móviles, hizo disminuir la marcha y asegurar maniobras y compuertas, y después de haber tomado todas las precauciones, esperó tranquilamente el asalto del Océano para hacerle frente.

La tempestad estalló, en efecto, una hora después del amanecer y duró continua y violentísima hasta la puesta del sol. Al anochecer empezó a marchar hacia el Sur, dejando tras de sí, entre un nutrido relampaguear y un espantoso retumbar de descargas eléctricas, un mar que parecía formado por montañas líquidas y fluctuantes por la voluntad de un potente mago.

Enormes olas saltaban encima del torpedero, inundándolo y chocando con el puente con un ruido ensordecedor.

Parecía que a cada instante la pequeña nave tenía que dar la vuelta, destrozada, e irse a pique.

Pero dirigida por una mano firme y una mente experta, quizá reservada por la voluntad de Dios a un mejor destino, salió victoriosa de la lucha.

Sólo un marinero, uno de los ingleses rebeldes encontrados encerrados en la bodega, fué arrastrado por un golpe de mar y no se volvió a saber nada de él.

Fué inútil toda tentativa de salvarle.

Collap comentó siniestramente aquella muerte.

—Es una desgracia que podía haber sucedido a cualquier—murmuró, moviendo la cabeza.— ¡Es una señal de mal agüero! ¡Pobres de aquellos, hijos míos, que empiezan a estar en desgracia!... Es cosa seria... ¿quién podrá detenerla? Y nosotros, nosotros que durante tanto tiempo no habíamos perdido ni un bote, ni un hombre... ahora, en cambio, hemos perdido a Jones, a los que iban con él; pérdida la isla de los Salvajes, ahogado este inglés... ¿Sabéis qué significan todas estas cosas? Pues quiere decir que el diablo se ha cansado de nosotros y no quiere protegernos por más tiempo; podéis estar seguros de que esto es la pura verdad, ¡os lo aseguro, a fe de Collap!

Tal fué su oración fúnebre.

Pasado sin obstáculos el estrecho de Torres, el torpedero encontróse en el mar Indico, que estaba en relativa calma.

El huracán había pasado, y por una suerte extraordinaria, excepto la desgracia del marinero, todos estaban sanos y salvos a bordo.

Ahora podía proseguir la ruta directa a la isla de Célebes o refugiarse en el profundo golfo de Tomini... cuando a unas cuantas millas del cabo de York, al desembocar el estrecho, vió cortado el camino por uno de aquellos cruces protegidos que las naciones civilizadas envían a los mares remotos, cual representantes de la lejana patria y apoyo de sus súbditos establecidos en aquellas regiones.

No era fácil averiguar a qué nación pertenecía porque no se veía bandera alguna.

¿Por qué razón no llevaba aquella importante señal de reconocimiento, que por toda nave es cual patente visible de su nacionalidad, su verdadera partida de bautismo?

¿La habría perdido en el reciente huracán y no la habría sustituido todavía? Probablemente

Rodolfo de Barenval, ante la actitud de aquel barco de guerra que maniobraba para interceptarle la ruta, comprendió que no tendría el camino libre sin lucha.

La noticia que el famoso torpedero robado en Nueva Caledonia seguía existiendo, y en vez de dormir entre las algas del Pacífico, recorría audazmente los mares, *espumándose*, como se dice en lenguaje de piratas, debía haberse esparcido por todo el mundo civilizado.

Todas las estaciones navales del mar Indico y del Océano Pacífico debían haber recibido instrucciones severísimas de sus respectivos gobiernos para que intentasen la captura de la peligrosa nave de presa.

Uno de los procedimientos más eficaces para lograr dicho intento era, sin duda, el de colocar barcos de guerra acechando los estrechos, mientras escuadras poderosas le daban caza en los mares libres.

Fuese o no verdad, Rodolfo de Barenval supuso que aquel crucero desconocido encontrábase al acecho, esperán-

(Continuará en el número próximo.)

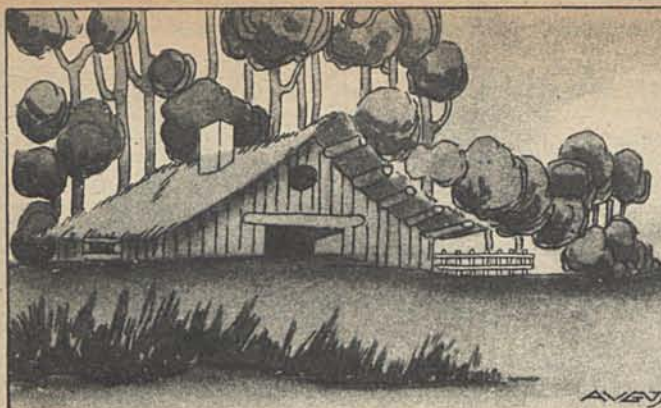
HISTORIA DE
UN LUCIO MI-
RAGUANO EN
TIEMPOS DE
NAPOLEÓN.



Copyright, 1919, by Star Company. All Rights Reserved.
Registered U. S. Patent Office.

DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





EL VAMPIRO DE LA SELVA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación)

—¿Eres tú, Juan? —preguntó Marcos—. Pero... ¡estoy mojado!...

—Sí, de sangre, hermano mío —respondió Juan.

—¿Quién me ha herido? ¡Y tú también estás ensangrentado! Dime, ¿quién nos ha puesto así?

—El vampiro.

—¿Aquel bicharraco tan feo que iba con el indio?

—Sí, Marcos.

—Pero, ¿cómo?

—Aprovechándose de nuestro sueño, se ha saciado de nuestra sangre.

—Es verdad, me siento muy débil —dijo Marcos—. Debe de haberme sacado muchísima.

Esos murciélagos son muy voraces, y no dejan a su víctima mientras no están ahitos a punto de estallar.

—¿Y por dónde habrá entrado?

—Por el agujero que sirve de escape al humo. No hay otra abertura.

—¡Me las pagará el indio ése!

—¿Habrá venido aquí esta noche?

—Sin duda, hermano mío. He oído ruidos sospechosos; creía que fuera algún jaguar, pero ahora me doy cuenta de que era el indio.

—Vale más que huyamos, Juan —dijo Marcos—. Si nos quedamos, el vampiro acabará por desangrarnos.

—Pues yo prefiero quedarme para matar al indio y a su vampiro —respondió Juan con acento decidido. Esta noche le tenderemos un lazo, y si vuelve, no será para restituirse a la selva.

Fueron a lavarse al arroyuelo, pero se sintieron impotentes para reanudar su rudo trabajo en la pequeña mina.

Decidieron, pues, descansar por lo menos aquel día, persuadidos de que pronto se repondrían comiendo abundantemente y bebiendo algunos sorbos de aguardiente, pues ha-

bían llevado consigo algunas botellas de ese excelente licor español.

Juan, menos debilitado que su hermano, y también más resuelto, recorrió los alrededores de la cabaña para ver si encontraba escondido al indio con su murciélago, sin poder hallar trazas ni del uno ni del otro.

En cambio, descubrió las huellas de los pies desnudos del salvaje, marcadas en el suelo pantanoso.

—Si vuelve —murmuró— tendrá su merecido.

Llegada la noche, se retiraron al interior de la cabaña y fingieron dormir. Habían transcurrido algunas horas, cuando Juan, como la noche precedente, percibió ligeros rumores producidos por ramas al moverse.

—Es el indio —dijo a su hermano.

—¿No podrá ser algún animal? —preguntó Marcos—. Ya sabes que hay fieras en estos bosques.

Juan se acercó a un agujero que servía de ventana y que habían disimulado con algunas hojas, y miró afuera.

La luna, que brillaba en todo su esplendor, permitía distinguir los objetos más pequeños. Un hombre que hubiese atravesado el claro del bosque no habría escapado a la atención de los mineros.

Durante algunos minutos, Juan no vio nada; en cambio, si oyó un débil silbido, que partía de un grupo de palmeras ce-

rradísimas. Un momento después vio salir un magnífico jaguar, por encima del cual revoloteaba familiarmente un vampiro, que de vez en cuando se posaba en el lomo de la fiera.

—¿Estará también domesticado ese animal? —preguntó el minero—. Ese indio debe ser el diablo en persona.

Y volviéndose a su hermano, le dijo:

—Acurruguémonos aquí y tengamos los fusiles preparados. El vampiro va a venir en seguida.

Echáronse en sus yacijas, hechas de hojas secas, y se mantuvieron al acecho, con un dedo en el gatillo de sus fusiles.

Pocos momentos después oyeron, hacia el agujero que ser-





via de escape al humo, un ligero aleteo, y al punto vieron una sombra que bajaba al interior de la cabaña.

En el mismo instante retumbaron dos disparos, y el vampiro, acribillado por el mortífero plomo, caía exánime al suelo.

A las detonaciones sucedió un rugido feroz por fuera de la cabaña, al mismo tiempo que una voz conocida gritaba:

—¡Como hayáis matado al vampiro, os haré devorar por mi jaguar!

—¡El indio! —exclamaron a la vez Juan y Marcos.

Y cargando de nuevo sus fusiles, se lanzaron afuera, resueltos a acabar con aquel bribón.

Pero cuando traspasaron la entrada, tanto el indio como el jaguar habían desaparecido.

Echaron a las hormigas blancas el hediondo cuerpo del asqueroso volátil y volvieron a acostarse, sin que nada perturbara su reposo.

A la mañana siguiente, algo restablecidos ya y persuadidos de que el indio se había ido para no volver, reanudaron su trabajo y lograron reunir otro medio kilo de polvo de oro.

Pero ya no se atrevían a dormir los dos a la vez, temiendo que el indio se aprovechara de su sueño para regresar y arriesgar otra tentativa de asesinarlos.

Y no estuvieron desacertados al velar por turno, pues de vez en cuando llegó a ellos desde el exterior el sordo gruñido del jaguar.

Durante varias noches seguidas acudió la terrible fiera y una vez llegó a intentar introducirse en la cabaña.

Los dos mineros no podían ya confiarse al sueño siquiera una hora. Poco a poco la ansiedad habíase hecho tan viva en aquellos dos desgraciados, que no los dejaba reposar un momento. Muchas veces Juan había probado a sorprender a la fiera y al mismo indio; pero siempre sin resultado, porque, apenas la puerta de la cabaña se abría, el jaguar, de un inmenso salto, se refugiaba en medio de los árboles y el indio se alejaba a velocidad vertiginosa.

Aquel suplicio de nuevo género, inventado por la pérdida y salvaje fantasía del indio para obligarlos a marcharse, no podía durar mucho, pues los dos mineros se agotaban en aquellas continuas y angustiosas veladas.

Un día dijo Juan:

—O dejamos la mina o hay que librarse de ese maldito salvaje.

Dejar la vena de oro, que producía cada vez más, era cosa que contrariaba a ambos. Era su fortuna asegurada, pues en un par de meses de trabajo podían considerarse opulentos. Valía la pena de intentar una lucha

desesperada contra su obstinado adversario para librarse de él.

—Hay que tender una emboscada al jaguar también. Me supongo que el indio no habrá domesticado a todos los bichos de la selva.

—Por mi parte, haré lo que quieras —respondió Juan.

—¿Cómo podríamos prepararles una trampa?

—Fuera de la cabaña, escondiéndonos entre las ramas de un árbol grande. Precisamente he visto un simiraba inmenso que nos servirá a pedir de boca.

—Entonces, esta noche.

—Sí, Marcos.

Una hora antes de la puesta del sol suspendieron su tarea, cenaron apresuradamente y dieron vuelta a todo el calvero para cerciorarse de que el indio no había llegado aún.

Con los fusiles cargados, escalaron, ayudándose de las lianas, el enorme árbol y se escondieron entre el follaje, tan espeso, que ni un salvaje hubiera podido descubrirlos.

Poco tardó en remontarse la luna, iluminando la explanada.

Mil extraños rumores percibíanse bajo la selva virgen. Tan pronto era una salva de agudos silbidos que parecían escapar por las válvulas de cientos de máquinas de vapor, pero que en realidad provenían de ciertas especies de ranas, como un estrépito ensordecedor producido por el mugir de las *parranecas*, sapos tan grandes como la cabeza de un hombre.

A veces estallaban rugidos diabólicos estridentes: eran los monos rojos que se entretenían dando un estrepitoso concierto nocturno.

(Concluirá en el próximo número.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



TENGO UN ABURRIMIENTO INTOLERABLE. COMO ESTO SIGA ASÍ VOY A TENER QUE ABANDONARTE Y MARCHARME A VIVIR CON LAS OSTRAS

¡VAMOS HOMBRE! ¡PARECE MENTIRA QUE A SUS AÑOS Y CON ESOS BIGOTES SE ABURRA USTED



ADEMAS YA SABE QUE EL MEDICO LE TIENE DICHO QUE PARA NO ABURRIRSE SE COMPRA UN LORO. PERO USTED ES UN ENFERMO MUY REBELDE

BUENO, HOMBRE. VAMOS POR EL LORO



YO CREO QUE HEMOS HECHO BUENA COMPRA, CURRINCHE. ES UN LORO SIMPATIQUÍSIMO. HAY QUE VER LA CAIDA DE OJOS QUE TIENE

LO LLEVARE A LA ESCUELA CONMIGO PARA QUE APRENDA A HACER PALOTES



LORITO RREAL... YO QUIERO COLATE... YO QUIERO PASTELES...

TODO LO QUE QUIERAS, MONÍN... ¡QUE LISTO ES ESTE LORO, CURRINCHE! ME ESTA PONIENDO BUENO CON SUS OCURRENCIAS



¿QUE MAS QUIERES, LORITO? PIDE POR SE PICO, QUE AQUÍ ESTÁ DON TURULATO PARA DARTETO DOS LOS GUSTOS



AQUÍ VA A PASAR ALGO MUY GORDO



ANDA, RICO, VETE CORRIENDO A TU CASA QUE TE ESTÁ ESPERANDO TU ABUELA

PARA HACER LO QUE HACE EL LORITO ME BASTO Y ME SOBRO YO. ¡MENUDA BICOCA!



LORITO RREAL... YO QUIERO UN DURO... YO QUIERO MERENGUES... Y PIRULIS... Y BOMBONES...

BUENO RIQUIN. TOMA EL DURITO Y AHORATE TRAE RE TODO LO DEMÁS



¡QUÉ LÁSTIMA! ¡NO HABER SABIDO YO ESTO ANTES!





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

LA INGRATITUD



CUENTAN los musulmanes que Mahoma, fundador de su falsa religión, tenía el poder de realizar prodigios. Claro es que no hay tal cosa, pues sólo Dios, o quien de Dios reciba ese divino poder, es capaz de alterar con milagros el curso de las leyes naturales.

Los supuestos prodigios de Mahoma, si alguno hubo en verdad, serían artimañas engañosas o diabólicas, efecto de las artes mágicas que usaban los orientales y que hoy se han refugiado en esos pueblos, en los que hay pocos sabios dignos de tal nombre; pero en cambio abundan los farsantes, llamados hechiceros o magos.

Sea de esto lo que fuere, es el caso que Mahoma era, según sus partidarios, gran admirador de la Naturaleza y gustaba de pasear con sus amigos y discípulos, a fin de disfrutar la perfumada brisa de la tarde, la suave luz del crepúsculo y todos los encantos del paisaje campesino, tan bellos como olvidados hoy por una gran parte de los hombres, sólo atentos a los bulliciosos e insanos placeres de la ciudad.

En una hermosa tarde de primavera recorría Mahoma con varios de sus discípulos un frondoso jardín.

Fresco y puro era el ambiente; clara la luz del sol; intenso y límpido el azul del cielo; transparente y cristalina agua brotaba de las fuentes que regaban los árboles y humedecían los tallos de las flores; los pajarillos, que tan bien saben cantar las creaciones divinas, mostraban con sus dulces cánticos los poemas de ter-

nura que había en sus pequeños corazones; hasta los insectos traducían sus éxtasis en sus monótonos chirridos, porque se puede ser feo y tener voz desagradable y, sin embargo, comprender y admirar la belleza. Esos pequeños seres que holláis con vuestros pies, queridos niños, distan de ser insensibles. Para ellos un insignificante tallito de hierba es un árbol inmenso y majestuoso, cuya sombra los protege contra los ardores del sol; un granito de arena les parece una roca; cada imperceptible agujerillo del suelo, una caverna sombría, en cuyo fondo divisan cosas que a nosotros no nos es dado percibir. Tienen sus palacios misteriosos, en que depositan tesoros más útiles que muchos de los que excitan nuestra ambición, pues en ellos ocultan semillas que sirven para su alimento. Lo que apenas mueve nuestro interés, les parecerá a ellos prodigioso; un árbol es para ellos un mundo, y un arroyuelo manso les parece un torrente impetuoso y devastador. Porque todas las



cosas, como comprobaréis en vuestra vida, no son grandes o pequeñas, sino en relación con quien las contempla.

Esto pensaba Mahoma aquel día, y esto hablaba con sus discípulos y amigos.

De pronto vió en el suelo, cerca de él, un animalillo que se agitaba penosamente.

Era una víbora, que al pasar por una planta espinosa se había enganchado en una de sus enormes púas y no podía desprenderse, pues sus esfuerzos servían sólo para ahondar su herida y aferrarla más al mortal lazo.



No podía expresar su dolor el miserable reptil; pero sus convulsiones demostraban lo mucho que sufría. Mahoma quiso librar a aquel ser de su martirio.

—Guárdate de intentar semejante cosa —le dijo uno de sus acompañantes—. Ese cruel animalejo podrá hacer que te arrepientas de tu buena acción.

Era ya tarde. Mahoma había separado cuidadosamente el reptil de su punzante prisión; pero el ponzoñoso animal, rápido como el pensamiento, le clavó sus dientes en la mano, causándole una pequeña herida.

Entonces Mahoma arrojó lejos de sí a la víbora, que huyó entre la espesura; chupó con fuerza el sitio en que el reptil había depositado su venenoso virus, y escupió al suelo diciendo:

—Has devuelto mal por bien: eres la ingratitud. ¡Que la tierra reciba tu ponzoña y la convierta en una planta dañosa que recuerde tu maldad y vileza!

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando el suelo se estremeció ligeramente y surgió de él una mata de ortigas, que, como sabéis, pincha e inflama dolorosamente la mano que la toca.

El corazón ingrato es aún peor que la ortiga.

Nunca es legítimo hacer daño si no es para evitar un mal mayor.

Quien hace daño sin irremediable necesidad es un ser vil, indigno de llamarse humano, y peor que las mismas fieras, porque las fieras no atacarían si no fuese porque ese es su medio de apoderarse del alimento

que necesitan.

De todas las excelencias humanas, no hay ninguna tan admirable como un buen corazón. Se puede ser muy inteligente, muy hermoso, muy rico, muy sabio y muy despreciable, si a todas esas cualidades se añade un corazón duro, seco, incapaz de amor

y de delicadeza. En cambio, quien tiene un corazón generoso, un espíritu noble, aunque sea su única excelencia, no puede ser nunca miserable.

Tendrá el admirable don de *la simpatía*, que le abrirá todas las puertas y suplirá los demás dones, deseables, pero no necesarios.

Pues bien: la falta máxima de un corazón es la ingratitud. Dios nos manda hacer bien a cuanto nos rodea: hombres, animales, plantas y hasta cosas. Y nos manda hacer bien a todos y a todo, aunque no tengamos otro motivo especial para hacerlo. Un

proverbio oriental nos pone como ejemplo a la olorosa madera del sándalo, que perfuma el hacha que lo hiere.

Seguir ese ejemplo es ya santidad, y la santidad no está al alcance de todos.

Pero el ingrato hace lo contrario que el sándalo, porque el ingrato *hiere a quien le perfuma*. Por eso el ingrato es el ser más vil y repugnante del Universo.

Otro ejemplo de ingratitud lo tenéis en la célebre fábula de Samaniego, en la que un hombre encontró al borde de un camino una víbora aletargada por el frío. Se compadeció el caminante, y cogiendo al animal, se lo metió en el pecho para darle calor. Al recibir éste, revivió la víbora, y su primer acto fué depositar su veneno en el pecho de su bienhechor.

Dios quiera, queridos pinochistas, que estos ejemplos os sirvan para conduciros en la vida y ser útiles a vuestros semejantes.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Parece que estás muy juguetón, querido Chononcito.
—Extraordinariamente juguetón, amigo buho. Yo creo que debe de influir el día. Este sol tan hermoso, esta alegría de la primavera, este ambiente tan agradable, me inundan de bienestar y me hacen estar revoltoso y juguetón. ¿No te pasa a ti lo mismo?

—Te diré; a mí me encanta el buen tiempo; pero si tengo gana de retozar, no lo pago con las sillas ni con los demás muebles. Me voy al campo y allí me expansiono a mis anchas.

—¿Quieres decirme que me vaya de aquí?

—Si has de seguir dando esos saltos y esas carreras, yo creo que será mejor para ti y para los cacharros. Estoy viendo la vajilla de ese aparador en el suelo.

—Pues ya es el segundo sitio de donde hoy me echan. En mi casa me han dicho también que me fuera a jugar a la calle. Es decir, me han dicho: «Vete a tomar el fresco y así no te comerá la polilla». ¡Mira que comérsame a mí la polilla, y no paro en casa más que a las horas de comer y dormir!... En fin, si es tu gusto, me marcharé de aquí. ¡Qué le vamos a hacer! ¡No puede uno sentirse juguetón!

—Olvidas, amigo Chonón, que hoy es día de que charlemos. Tendrás que esperar un rato antes de irte.

—No me importa. Tus charlas me divierten tanto como el más divertido de los juegos.

—Pues escoge tema y vamos a sentarnos. Toma una silla.

—Ya tengo el tema. Vas a hablarme de eso que en mi casa no quieren que se me coma: de la polilla. Quiero saber qué cosa es la polilla.

—¿No la has visto nunca?

—He visto unas ropas con unos agujeritos redondos, como quemaduras. Unas ropas echadas a perder por culpa de esos agujeritos que decían que los había hecho la polilla; pero no sé más. Supongo, eso sí, que la polilla será una mariposilla pequeña de muy malas intenciones que se esconde en los armarios, en las cómodas y en los baúles, y que cuando ve que está sola saca una barrenita que lleva escondida debajo de las alas, y con mucho sigilo y muy mala sangre, se entretiene en agujerear las mantas, los abrigos y todo lo que puede.

—Sigues estando divertidísimo, Chonón. Por tu imaginación juegan también las ideas como si las hiciera retozar el ambiente del buen tiempo. Ni hay barrenita, ni hay malas intenciones, ni nada de eso que tú supones.

—¿No hay mariposa tampoco?

—Mariposa, sí.

—Entonces ya hay algo.

—La polilla es una mariposa diminuta que pertenece a la especie de los *tineidos*. Se parece mucho a las mariposas ordinarias; pero, como casi todos los *tineidos*, vuela por la noche en vez de por el día.

—Aborrecerá la luz.

—La aborrece y le atrae al mismo tiempo. Cuando por las noches dejamos los balcones o las ventanas abiertos, la polilla, atraída por las luces de nuestras casas, penetra en ellas y vuela a esconderse en los muebles donde se guarda la ropa.

—Ni más ni menos que si sintiera frío y necesitara arroparse. ¿No es eso?

—No busca el abrigo de las ropas. Busca un sitio que esté oculto para depositar los huevecillos, y que al mismo tiempo sirva de alimento a las crías que han de salir de estos huevecillos.

—No creo que pueda alimentar mucho la tela de un abrigo o el forro de un chaleco. ¿No te parece?

A ti no te alimentará, pero a las orugas, sí. El pelo, la lana y las plumas procedentes de animales constituyen el alimento de las orugas de la polilla. Estas orugas son las que causan tantos perjuicios en las ropas, no solamente comiéndoselas, sino utilizándolas también como funda o saco; pues has de saber, querido Chonón, que la oruga de la polilla carece de envoltura propia y se la hace con la lana o pelo de que se alimenta. Para esto mastica con sus fuertes mandíbulas los alimentos, y una vez convertidos en una especie de papilla, se viste con ella, haciendo un canutito que le sirve de vestimenta y de morada, llevándola siempre a cuestras.

—Pero cuando crezca se le quedará chico el traje.

—A medida que crece va prolongando la longitud de su casita, y esto lo hace a costa de las ropas en que está escondida. Llega el momento en que la oruga pasa al estado de crisálida; pero antes ha construido ya su nido, siempre con el mismo material de lana o pelo, y se encierra en este nido para permanecer en él durante tres semanas en estado de crisálida. Al cabo de este tiempo la crisálida se transforma en mariposa, la cual, al salir del nido, recorre una galería o camino que la oruga abrió en las ropas, cortándolas con sus mandíbulas como si fueran unas tijeras. En esta galería por donde sale la mariposa deposita ésta sus huevecillos y muere en seguida.

—Y luego, de cada huevecillo saldrá una oruga. ¿No es eso?

—Exacto.

—Y cada oruga hará su casita, y cada casita dejará un agujer en la ropa, y al cabo de cierto tiempo otros huevecillos traerán otra oruga y otros agujeros, y dejarán el abrigo, o la manta, o la pie que no servirá ni para que se la lleve el trapero. ¿Sabes que la polilla es una verdadera plaga?

—Nadie lo duda. Ya te he dicho que causa verdaderos estragos en las prendas guardadas durante largo tiempo en armarios y baúles.

—Pero habrá medios de librarse de tan diminuto enemigo.

—Desde luego. Uno de ellos consiste en sacar la ropa de cuando en cuando al balcón para que el aire y la luz espante a la mariposilla que haya podido esconderse entre la lana o el tejido.

—Es decir, que el aire y la luz son enemigos de la polilla.

—Sí, señor; y otro procedimiento consiste en impregnar las ropas de ciertos olores, como el del alcanfor, que detestan las polillas.

—Entonces ya sé por qué en mi casa me han mandado a tomar el fresco para que no se me comiera la polilla: por la luz y por el aire.

—Y, principalmente, porque verían que con tus saltos y tus retozos ibas a romper algún cacharro, y eso es lo que han querido evitar.

—Bueno, amigo buho, si hemos acabado nuestra charla de hoy, vámonos al campo. Mira qué día hace tan soberbio.

—Vengan mis gafas, mi bastón y mi sombrero, y vámonos al campo.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Juliancito González.—Yo siento mucho, muchísimo, que tu dibujo no lo pueda ver nadie más que los personajes pinochistas que están sentados alrededor de mi mesa de trabajo en la redacción de mi revista. Lo has hecho a lápiz, y esto es tanto como no querer que aparezca en las columnas de PINOCHO, porque de no estar hechos con tinta, no pueden reproducirse los dibujos. No dejes de hacer cosas, porque manejas el lápiz a las mil maravillas, y es evidente que con la pluma te pasará lo mismo. Apretadísimos abrazos.

Mariquita Barroso.—Ya ves que, aunque tarde por causas ajenas a mi voluntad, correspondo a tu atentísima carta de felicitación. Agradezco muchísimo tus buenos deseos y tus afectuosísimos saludos, que he repartido entre

tus buenos amigos Pirula, Tin, Ton, Currinche, Don Turulato, etc., etc. Todos te enviamos un apretón de manos muy afusivo.

Pinocho

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL



Un apache.
LOLITA FERNÁNDEZ.



Mi amiguita.
PAQUITA DE BLAS.



Mi hermana.
JULIO M. ALVAREZ.



Siluetas.
S. P. GONZÁLEZ.



Un miura.
F. LAFIGUERA.



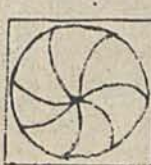
¿Sabes cuál es el colmo de un guardia?
Pues prender con un alfiler.
JOSÉ M. A. A. CASCOS



Indio.
E. DE LA IGLESIA.



Pinocho, futbolista.
FRANCISCO REGUERA.



El balón de mi hermano.
ROSARIO LOSADA.



Un holandés.
PEPITO ALFONSO.

Chistes.

Una mujer a su marido, que viene borracho todos los días y lo trae un guardia:

La mujer.—¡Borracho, sinvergüenza; te emborrachas todos los días y no tenemos para comer!

El guardia.—¿Y aún se queja usted, y le trae todos los días una merluza?
MARÍA G. DE LA HIJA.



Cañamón.
JUSTO RUIZ.



Chico «pollo».
CARMEN CALDERÓN.



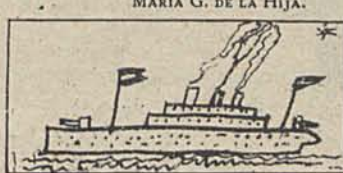
Don Turulotó.
RAFAEL GONZÁLEZ.



Molino de viento.
MARÍA CARO.



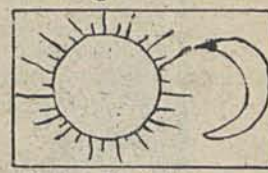
El torpedero de presa.
A. BAUDRÉS.



El Alfonso XIII.
ENRIQUITO RIERA.



La casa de Pirula.
PEPITA MUÑOZ.



El Sol y la Luna.
R. L.



Un barco.
ROSA MIGUEL.



Un ruisñor.
B. MONTUENGA.



Un barco.
JOSÉ LLAMAS



Charleston.
ANDRÉSITO RUIZ DE LA ROSA.

A mi amiguita Piluca Gillis.

Tengo una linda amiguita que, además de bella, es buena, con cara de princesita y con alma de azucena. Su boquita es una fresa, sus manitas, mariposas, es gentil su figurita y sus maneras airoosas. Muy negros son sus cabellos, muy hondos sus ojos son: su inteligencia es tan viva que me causa admiración. Yo la quiero muy de veras, y siempre, al irme a acostar, rezo con grande fervor por mi amiguita Pilar.

MERCEDES REY.
Trece años. París.



—¿Hay aire en todas partes?
—En la despena de mi casa no, señor.
—¿Cómo que no?
—Es que en mi casa no hay despena.

A. TALEGÓN.

A Pirula.

Querida Pirula, muñeca de trapo, como ama de casa confeccionas dulces ricos y baratos.

Como no soy poeta, ni que te lo pienses, ya no saco más de mi pobre frente.

Adiós, Pirula querida; adiós, muñeca de trapo, que sigas tus dulces ricos... y baratos.

POMPEYA LIZAUZ SANTOS.



El juez.—¿No sólo la guarra, sino también los lechones?
—No, señor; los lechones vinieron solos.

ALBERTO YUSTE.

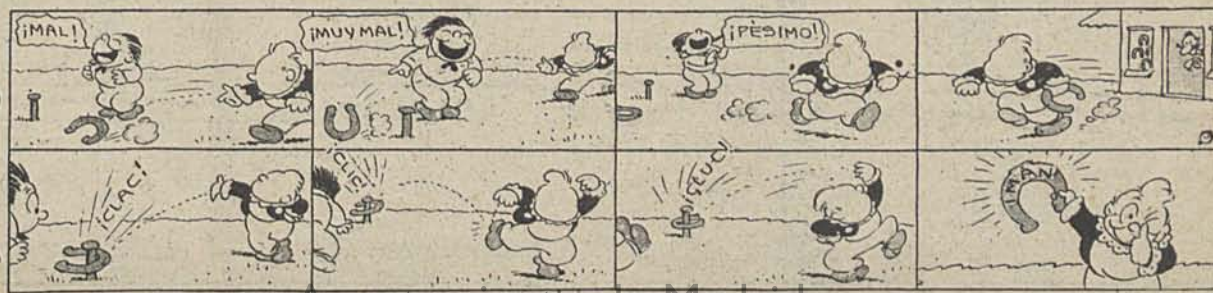
A Mercedita Rey

Mis primeros ensayos de poesía dedico a tu amistad, linda amiguita. Perdona tú sus faltas, Mercedita, y perdonen las musas mi osadía.

Cuanto en mi corazón vive y palpita de amor, y de bondad, y de alegría, en un himno gigante trocaría —ofrenda de amistad noble infinita...

Pero es tan torpe mi acento, poco el brio, la inteligencia escasa, nula la inspiración, y aunque pobre y mezquino el verso mío, sin rima y sin acordes de canción, es de mi alma el desbordar bravío y lleva en sus estrofas todo mi corazón.

PILAR GILLIS YUSTE.
Trece años. Guernica.



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

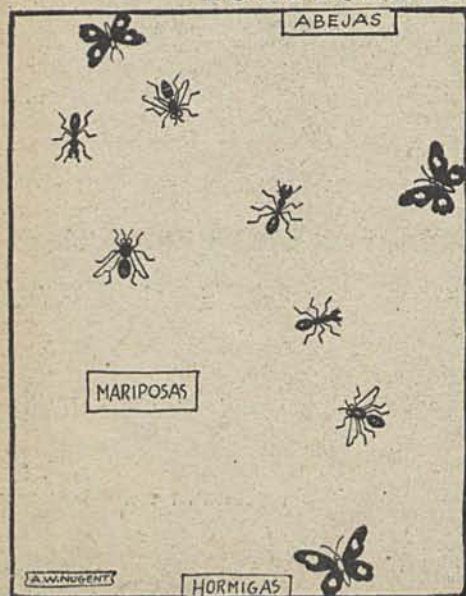
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS PERROS



Doña Cebra Pintado salió a pescar una mañana de verano. Como era muy ansiosa, no se contentaba con llevar una caña, y vedla cómo se las ingenió para pescar con dos. Mientras ella sostenía una caña, la otra la sujetó con piedras, y apoyándola en una horquilla, hacía las veces de otro pescador. Acertaron a pasar por allí tres perros y se escondieron, para que en el momento que saliera la pesca lanzarse sobre ella y merendar. ¿Dónde se hallan los perros?

ROMPECABEZAS



Tenemos tres departamentos: uno, para las abejas; otro, para las mariposas, y otro, para las hormigas. Se trata de trazar una línea desde cada uno de estos animalitos hasta su departamento, sin que ninguna línea se cruce ni se toque.

DIBUJO CON ERRORES



He aquí un par de zapatos, uno del pie izquierdo y otro del derecho, pero bastante desiguales, tanto, que entre los dos suman cinco errores. ¿En qué consisten estos errores?

VIDA PINOCHISTA



Trinidad de Pablos.
Madrid.



María Amelia Neyra.
Santiago.



Ángel Laborda Mateo.
Zaragoza.



María Teresa Sánchez.
Mejías. Sevilla.



Jorge y Enrique Raffo.
Córdoba (Argentina)

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Primer premio :** Araceli Méndez.
Segundo premio: José M.^a Mora Gálvez.
Tercer premio : Eleuterio S. Torrado.
Cuarto premio : Samuel Fernández.
Quinto premio : Julita Torres.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Ramiro Santiago, Josefina Baudeta, Claudio Morán, José Casanova, Pablo Hernández, María Luisa Hernández, Regino Minalvy, Pepito Alvargonzalo, Esteban Cueto, Romualdo S. José, Luisa Macaibar, José M.^a Robina, Carmencita Nolar, Ramón Sánchez.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE OCTUBRE

FALLO DEL JURADO

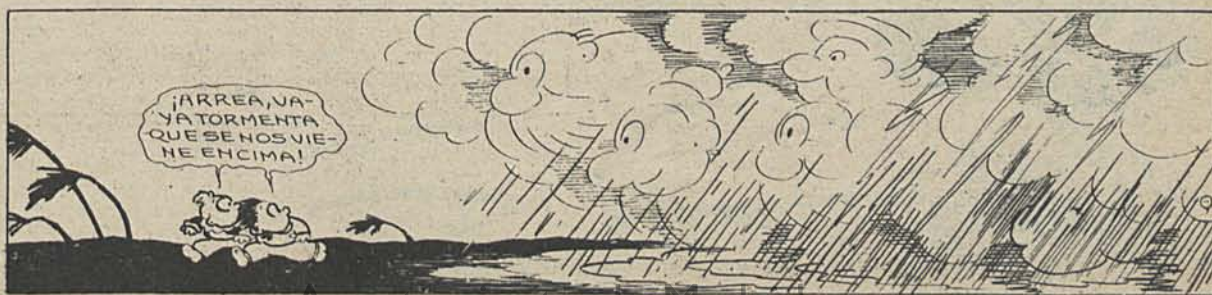
PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- | | |
|---------------------|---|
| Dibujos ... | Primer premio : Paulino Lillo. |
| | Segundo premio: Alberto Sente. |
| Cuentos ... | Primer premio : Manolo Robles. |
| | Segundo premio: Santiago Pernau. |
| Chistes | Primer premio : María Halcón. |
| | Segundo premio: Vicente Vera. |

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Dibujos.—V. Tacón, M. Hidalgo, R. S. Montoro, Mercedes Muñoz, Paquito Cienfuegos, J. L. Fernández, Manuel Martínez, Ángel Martínez, N. Quintana, Alvaro Fontanals, Amalia Moreta, Beatriz de Bustos, A. Robina, Miguel A. Parrondo, Adela Aspe, Rafael Estévez.

Cuentos.—José A. Jácome V., Luisa Gil, Magdalena S. Castillo.
Chistes.—Ignacio M. Ortigosa, Francisco Caballero, A. Moneiro, Jorge V. Radaelli.





SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

Kataki, Takata y Bolobolín. —Allá en Africa, entre un plantío de arroz y otro de café, vivía en una cabaña de bambú un matrimonio, llamado Kataki y Takata, con su hijo Bolobolín.

El papá era negro; negra era la mamá, y el niño, como es natural, era negro también.

Además de ser negros, eran los tres muy desgraciados; ahora sabréis por qué.

Kataki era desgraciado porque era un holgazán tremendo; solamente le gustaba permanecer tumbado a la bartola, sin hacer nada; y como no tenía más remedio que trabajar algo para ganarse la vida y la de su familia, se desesperaba y estaba siempre de mal humor.

Takata era desgraciada porque era golosa y hambroña como no cabe más; su placer predilecto consistía en comer, principalmente golosinas; y como le faltaba dinero para comprárselas, su mal humor constante allí se andaba con el de su marido.

En cuanto a Bolobolín, el pobre no tenía defectos: era muy bueno, trabajador, aplicado, sobrio y sumiso; un verdadero angelito de color de betún; pero era el más desgraciado de los tres por vivir entre las rabietas constantes de sus papás, que no cesaban de pelearse.

—¡Holgazán! —le decía Takata a Kataki—, no trabajas lo que debieras, no ganas dinero y así,

por culpa tuya, estamos nosotros de miserables y hambrientos. —¡Tragonal! —contestaba Kataki a Takata—, cuanto gano te lo gastas en comer y así nos dejas sin ropa que ponernos.

En medio de la algarabía, el pobre Bolobolín se refugiaba en un rincón y, sentado en el suelo, lloraba amargamente.

Hasta que un día sucedió el hecho sorprendente que es el objeto de esta verídica historia.

Aquel día, por rara casualidad, Kataki había ido a trabajar al campo y a su regreso entregó a Takata su jornal para que comprase la cena. En vez de la cena compró nueces de coco, que eran sus frutas favoritas.

Ya se había comido dos nueces, cuando, ¡oh sorpresa!, la tercera se abrió sola y de ella surgió un sér extraordinario.

Era un enanito del tamaño de un dedo meñique, Vestía todo él de color verde lechuga. Huelga añadir que era negro.

En seguida, empezó a hablar con voz tan aguda que Kataki, que se hallaba en el más profundo de los sueños, despertó súbitamente y se le quedó mirando con igual estupor que Takata y Bolobolín.

—Soy —dijo el enanito— el gnomo todo poderoso de los cocoteros; hasta el bosque en que vivo llega el ruido de vuestras quejas y de vuestras disputas; ya estoy harto y he resuelto haceros felices para que me dejéis a mí vivir en paz. Decidme cada cual vuestro mayor deseo; soy bastante poderoso para colmarlo, cualquiera que sea. Hablad.

—Señor —dijo sin vacilar—. Yo seré dichoso si puedo vivir sin trabajar, durmiendo cuanto quiera.

Takata le imitó al punto:

—Y yo —dijo— si puedo comer cuantas golosinas se me antojen.

—Así sea —dijo el gnomo.

Se arrancó tres pelos del bigote y se los entregó a Kataki diciendo:

—Ya no necesitarás trabajar; cuando precisés algún dinero para vuestro sustento, te bastará con soplar sobre estos tres pelos de mi agosto bigote.

Entregó luego a Takata tres pelos arrancados de su barba, y le dijo:

—Podrás comer cuanto quieras y lo que quieras; te bastará con soplar sobre estos tres pelos de mi egregia barba para tener los manjares que apetezcas.

Dicho esto, el gnomo, sin necesidad de agacharse siquiera, se metió debajo de una cazuela que había en un rincón; Bolobolín corrió a levantar el cacharro, pero el gnomo había desaparecido misteriosamente.

Desde aquel día, la vida cambió por completo en la cabaña de bambú.

Ahora Kataki no iba a trabajar ni poco ni mucho; día y noche permanecía tumbado sobre un jergón, durmiendo a pierna suelta; de vez en cuando se despertaba y, con gran esfuerzo, realizaba tres movimientos: uno para coger los tres pelos del bigote del gnomo, que siempre tenía a su alcance, y soplar. El segundo, para entregar el puñadito de monedas que, al punto, aparecían en su mano a Bolobolín; y el tercero, para comer los alimentos que el niño iba corriendo a comprar.

En cuanto a Takata, tampoco se movía; su sitio estaba ante la mesa; cogía los tres pelos de la barba del enano y soplabla diciendo:

—«Una tarta de higos chumbos», o «Un arroz a la africana», o «Un flan de dátiles», o «Un puré de cuscús con salsa de coco», y comía el exquisito manjar, que al punto aparecía ante ella.

Solamente se interrumpía de comer de tarde en tarde para dormir un ratito, soñando con el menú de la comida siguiente:

Ya la más absoluta tranquilidad reinaba en la cabaña; al ruido de los lamentos y de las disputas había sucedido un silencio, apenas turbado por la masticación de Takata y los ronquidos de Kataki.

Sin duda preguntareis: «Y a todos esto, ¿qué era de Bolobolín?»

¡Ay! Esto es lo más triste; poco tardaremos en saberlo: ocho días justos.

(Concluirá en el número próximo.)

